HOMILÍA VIº DOMINGO DE PASCUA – 2015.
CICLO "B"

LA CIRCULACIÓN DEL AMOR

I.- LAS LECTURAS

* Lectura de los Hechos de los Apóstoles 10,25-26.34-35.44-48.

El Espíritu Santo mueve y guía a San Pedro a abrirse a la evangelización de los gentiles. El don del Espíritu Santo se ha derramado también sobre los gentiles. "Dios no hace distinciones; acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea".

* Salmo Responsorial 97.

El Señor revela a las naciones su salvación. Demos gracias a Dios que "quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad".

* Primera Carta de San Juan 4,7-10.

"Amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios". El amor de Dios toma la iniciativa y nos salva. Solo el amor conoce al Amor. Solo el que ama conoce al Amado.

* Evangelio según San Juan 15,9-17.

"Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor". El gran mandamiento de Jesucristo es amarle a Él y amarnos unos a otros como Él nos ha amado. "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos". El cristianismo implica amor, alegría y amistad.

II.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- Dios nos ama

Dios es amor (IJn.4,8). Proclamamos una vez más que Dios es "compasivo y misericordioso". Tiene sus brazos abiertos de par en par y extendidos para acogernos, abrazarnos, perdonarnos… Confiemos siempre en su misericordia y ternura.

Dios nos ama: "Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!" (IJn. 3,1).

¿En qué consiste el amor? San Juan responde con claridad a esta pregunta que nos hacemos con frecuencia: "en esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (IJn.4,10).

Os invito, queridos hermanos, a meditar estas palabras de la Escritura Santa que tanto bien nos hacen y tanta paz nos comunican.

2.- El amor de Dios se ha manifestado en Jesucristo.

Recordemos estas palabras de San Juan: "Porque tanto amó Dios al mundo que nos dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él" (Jn.3,16-17). El amor de Dios no se queda en declaraciones de buena voluntad ni en meras palabras, sino que se hace realidad viva en su Hijo que nos ha entregado por amor para redimirnos del pecado y de la muerte y salvarnos.

¿Qué nos dicen estas palabras de San Juan a cada uno de nosotros?
¿Cómo respondemos a este amor de Dios que nos ha dado a su propio Hijo a quien engendró desde toda la eternidad?

Una vez más acudamos a San Pablo que nos dice: "la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros" (Rm.5,8). Jesucristo manifiesta el amor de Dios dando su vida por nosotros y ofreciéndose al Padre con la fuerza del Espíritu Santo (cf. Heb.9,14) como víctima santa por nuestros pecados. Nunca agradeceremos de forma suficiente a Jesucristo que haya entregado por amor su vida hasta morir en la cruz por nosotros y por nuestra salvación. Por eso, digamos hoy al Señor: que durante todo el tiempo que me quede de vida en este mundo yo te diga: ¡Señor, gracias!.

¿Agradecemos este amor de Dios manifestado en la entrega de su Hijo Jesucristo por nuestra salvación?
¿En que manifestamos nuestro amor a Jesucristo?
¿Cómo mostramos al Señor nuestro agradecimiento?

3.- Este amor de Dios no hace acepción de personas

El amor de Dios a la humanidad no hace acepción de personas, sino que abarca a todos los seres humanos: "es claro que Dios no hace distinciones; acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea" (Hech. 10,34-35). No solo los judíos reciben el Espíritu Santo; también los gentiles reciben el don del Espíritu Santo que es el Amor divino en persona.

No nos dejemos llevar por la acepción de personas.

Acojamos a todos en las entrañas misericordiosas de Dios.

San Pablo nos presenta el designio eterno de Dios para la humanidad. Sus palabras nos sobrecogen y maravillan siempre. Cada palabra es un signo viviente del amor que Dios nos tiene. Recordémoslas y meditémoslas con fe y agradecimiento a Dios. Nos hará mucho bien:

"Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en Él antes de la creación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor, eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado" (Ef. 1,3-6).

4.- Jesucristo nos pide que nos amemos unos a otros.

"Si alguno dice: "amo a Dios", y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve" (IJn.4,20). Hay, pues, una inseparable relación entre el amor a Dios y el amor al prójimo. Son inseparables.

Jesús nos pide y nos manda que nos amemos unos a otros como Él nos ha amado. ¿Cómo nos amó Jesús? Recordemos estas palabras de San Juan: Jesús "habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn.13,1) de dar su vida por todos nosotros.

Se trata del amor mutuo por el que somos los amigos de Jesús, compartiendo su gozo y su alegría.

- Imitemos a Jesucristo que nos amó.

- No marginemos a nadie.
- Esforcémonos en crear un mundo fraterno, sin guerras ni violencias. Derribemos para siempre los muros que dividen y separan a las personas, a los pueblos…
- No excluyamos a nadie. Intensifiquemos la comunión fraterna entre nosotros y la comunión universal para que nadie tenga ni que vivir ni que morir solo, abandonado, caído en una cuneta de la historia….
- No desechemos a nadie. Promovamos la cultura de la acogida y del encuentro de todos y con todos.
- No abandonemos a nadie en su dolor y en su llanto. Acompañemos a todos; también a los niños por nacer, a los ancianos, a los empobrecidos….
- Construyamos la civilización del amor que comienza por el respeto sagrado a la dignidad de todo ser humano, a la vida humana en cualquier situación en que se encuentre….

¡Señor! Tú que quieres reunir a los hombres en la unidad, otorga al mundo entero la paz.¡Que cesen para siempre las guerras y las violencias!

¡Señor! Que se caigan para siempre de las manos de los hombres las armas de la guerra!.

¡Señor! Líbranos de todos los pecados que rompen la caridad entre nosotros, haznos más misericordiosos y atentos a los necesitados y concédenos la gracia de perdonar, acoger y tratar como hermanos a todos…

¡Señor! Danos tu gracia y tu fuerza para superar todo aquello que atenta contra la comunión, la fraternidad y la paz.

Recordemos también aquellas palabras que Jesús nos dijo y que debemos guardar como mandamiento nuevo del Señor:

"Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán que sois discípulos míos si os tenéis amor los unos a los otros" (Jn.13,34-35).

La Iglesia ha de **seguir saliendo de la sacristía** y ha de encaminarse hacia las calles y plazas, hacia los cruces de los caminos, hacia las periferias…para anunciar a Jesucristo.

La Iglesia, que **existe para evangelizar**, ha de seguir anunciando a Jesucristo a todos con el fervor de los santos, con inmenso amor a todos, con sana alegría, en comunión eclesial, con la fuerza del Espíritu Santo…

La Iglesia ha de continuar **caminando por el camino de la pobreza** y ha de ser servidora de los pobres, de los enfermos, de los desvalidos…

III.- PROSIGAMOS CELEBRANDO LA EUCARISTÍA

"Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan" (ICort.10,17).

La participación en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo hace de todos una familia de hijos de Dios, de hermanos en Jesucristo y de servidores..

Terminamos. Unidos en la oración.
Cáceres. 4 de mayo. 2015.

Florentino Muñoz Muñoz

VICARÍA DEL CLERO

Ante la fiesta de San Juan de Ávila, patrono del Clero Secular

Les comunicamos que el próximo día 7 de mayo, jueves, tendremos el encuentro para celebrar la memoria de San Juan de Ávila, nuestro patrono. También acompañaremos a nuestros hermanos sacerdotes que celebran sus Bodas Sacerdotales.

SACERDOTES CELEBRANTES

Reciban nuestra fraterna felicitación y nuestra oración.

* **Sacerdote que celebra sus Bodas de Platino Sacerdotales**:

D. Ovidio Paniagua García

* **Sacerdotes que celebran sus Bodas de Oro Sacerdotales:**

D. Francisco Pérez Ciborro
D. Felipe Pulido Solís
D. Argimiro Martín Rubio

* **Sacerdotes que celebran sus Bodas de Plata Sacerdotales:**

D. Agapito Domínguez Viejo
D. Luís Vidal Arias Moreno
D. Julián Carlos Pérez Domínguez
D. Rafael Escolano Escolano

HORARIO

Los actos comenzarán con la acogida en el Centro de Espiritualidad Ntra. Sra. de la Montaña de Cáceres, a las 10,45 hs.

*** 11,00 hs. Hora Litúrgica Menor.**

*** 11,15 hs. Conferencia "La Biblia en San Juan de Ávila" por D. Isaac Macarro Flores**

*** 12,00 hs. Descanso.**

*** 12,30 hs. Concelebración Eucarística en el Santuario de Ntra. Sra. de la Montaña.**

*** 14,00 hs. Comida y homenaje a los que celebran sus bodas sacerdotales.**

Nota: Rogamos comuniquen su asistencia a la comida en la Secretaría General (Tfn. 927 24 52 50) o al Centro de Espiritualidad (Tfn. 927 22 05 12)

SALUD Y SABIDURÍA DE CORAZÓN
Jornada Mundial del Enfermo y Pascua del Enfermo

Día del enfermo: 11 de febrero de 2015

Pascua del enfermo: 10 de mayo de 2015

MENSAJE DEL SANTO PADRE CON OCASIÓN DE LA XXIII JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO 2015

Sapientia cordis.
«*Era yo los ojos del ciego y del cojo los pies*» (*Jb* 29,15)

Queridos hermanos y hermanas:
Con ocasión de la XXIII Jornada Mundial de Enfermo, instituida por san Juan Pablo II, me dirijo a vosotros que lleváis el peso de la enfermedad y de diferentes modos estáis unidos a la carne de Cristo sufriente; así como también a vosotros, profesionales y voluntarios en el ámbito sanitario.
El tema de este año nos invita a meditar una expresión del Libro de Job: «Era yo los ojos del ciego y del cojo los pies» (29,15). Quisiera hacerlo en la perspectiva de la *sapientia cordis*, la sabiduría del corazón.
1. Esta sabiduría no es un conocimiento teórico, abstracto, fruto de razonamientos. Antes bien, como la describe Santiago en su Carta, es «pura, además pacífica, complaciente, dócil, llena de compasión y buenos frutos, imparcial, sin hipocresía» (3,17). Por tanto, es una *actitud infundida por el Espíritu Santo* en la mente y en el corazón de quien sabe abrirse al sufrimiento de los hermanos y reconoce en ellos la imagen de Dios. De manera que, hagamos nuestra la invocación del Salmo: «¡A contar nuestros días enséñanos / para que entre la sabiduría en nuestro corazón!» (*Sal* 90,12). En esta *sapientia cordis*, que es don de Dios, podemos resumir los frutos de la Jornada Mundial del Enfermo.
2. *Sabiduría del corazón es servir al hermano*. En el discurso de Job que contiene las palabras «Era yo los ojos del ciego y del cojo los pies», se pone en evidencia la dimensión de servicio a los necesitados de parte de este hombre justo, que goza de cierta autoridad y tiene un puesto de relieve entre los ancianos de la ciudad. Su talla moral se manifiesta en el servicio

al pobre que pide ayuda, así como también en el ocuparse del huérfano y de la viuda (vv.12-13).
Cuántos cristianos dan testimonio también hoy, no con las palabras, sino con su vida radicada en una fe genuina, y son «ojos del ciego» y «del cojo los pies». Personas que están junto a los enfermos que tienen necesidad de una asistencia continuada, de una ayuda para lavarse, para vestirse, para alimentarse. Este servicio, especialmente cuando se prolonga en el tiempo, se puede volver fatigoso y pesado. Es relativamente fácil servir por algunos días, pero es difícil cuidar de una persona durante meses o incluso durante años, incluso cuando ella ya no es capaz de agradecer. Y, sin embargo, ¡qué gran camino de santificación es éste! En esos momentos se puede contar de modo particular con la cercanía del Señor, y se es también un apoyo especial para la misión de la Iglesia.
3. *Sabiduría del corazón es estar con el hermano*. El tiempo que se pasa junto al enfermo es un tiempo santo. Es alabanza a Dios, que nos conforma a la imagen de su Hijo, el cual «no ha venido para ser servido, sino para servir y a dar su vida como rescate por muchos» (*Mt* 20,28). Jesús mismo ha dicho: «Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve» (*Lc* 22,27).
Pidamos con fe viva al Espíritu Santo que nos otorgue la gracia de comprender el valor del acompañamiento, con frecuencia silencioso, que nos lleva a dedicar tiempo a estas hermanas y a estos hermanos que, gracias a nuestra cercanía y a nuestro afecto, se sienten más amados y consolados. En cambio, qué gran mentira se esconde tras ciertas expresiones que insisten mucho en la «calidad de vida», para inducir a creer que las vidas gravemente afligidas por enfermedades no serían dignas de ser vividas.
4. *Sabiduría del corazón es salir de sí hacia el hermano*. A veces nuestro mundo olvida el valor especial del tiempo empleado junto a la cama del enfermo, porque estamos apremiados por la prisa, por el frenesí del hacer, del producir, y nos olvidamos de la dimensión de la gratuidad, del ocuparse, del hacerse cargo del otro. En el fondo, detrás de esta actitud hay frecuencia una fe tibia, que ha olvidado aquella palabra del Señor, que dice: «A mí me lo hicisteis» (*Mt* 25,40).
Por esto, quisiera recordar una vez más «la absoluta prioridad de la "salida de sí hacia el otro" como uno de los mandamientos principales que fundan toda norma moral y como el signo más claro para discernir acerca del camino de crecimiento espiritual como

respuesta a la donación absolutamente gratuita de Dios» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 179). De la misma naturaleza misionera de la Iglesia brotan «la caridad efectiva con el prójimo, la compasión que comprende, asiste y promueve» (*ibíd*.).

5. *Sabiduría del corazón es ser solidarios con el hermano sin juzgarlo*. La caridad tiene necesidad de tiempo. Tiempo para curar a los enfermos y tiempo para visitarles. Tiempo para estar junto a ellos, como hicieron los amigos de Job: «Luego se sentaron en el suelo junto a él, durante siete días y siete noches. Y ninguno le dijo una palabra, porque veían que el dolor era muy grande» (*Jb* 2,13). Pero los amigos de Job escondían dentro de sí un juicio negativo sobre él: pensaban que su desventura era el castigo de Dios por una culpa suya. La caridad verdadera, en cambio, es participación que no juzga, que no pretende convertir al otro; es libre de aquella falsa humildad que en el fondo busca la aprobación y se complace del bien hecho.

La experiencia de Job encuentra su respuesta auténtica sólo en la Cruz de Jesús, acto supremo de solidaridad de Dios con nosotros, totalmente gratuito, totalmente misericordioso. Y esta respuesta de amor al drama del dolor humano, especialmente del dolor inocente, permanece para siempre impregnada en el cuerpo de Cristo resucitado, en sus llagas gloriosas, que son escándalo para la fe pero también son verificación de la fe (Cf *Homilía con ocasión de la canonización de Juan XXIII y Juan Pablo II*, 27 de abril de 2014).

También cuando la enfermedad, la soledad y la incapacidad predominan sobre nuestra vida de donación, la experiencia del dolor puede ser lugar privilegiado de la transmisión de la gracia y fuente para lograr y reforzar la *sapientia cordis*. Se comprende así cómo Job, al final de su experiencia, dirigiéndose a Dios puede afirmar: «Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos» (42,5). De igual modo, las personas sumidas en el misterio del sufrimiento y del dolor, acogido en la fe, pueden volverse testigos vivientes de una fe que permite habitar el mismo sufrimiento, aunque con su inteligencia el hombre no sea capaz de comprenderlo hasta el fondo.

6. Confío esta Jornada Mundial del Enfermo a la protección materna de María, que ha acogido en su seno y ha generado la Sabiduría encarnada, Jesucristo, nuestro Señor.

Oh María, Sede de la Sabiduría, intercede, como Madre nuestra por todos los enfermos y los que se ocupan de ellos. Haz que en el

servicio al prójimo que sufre y a través de la misma experiencia del dolor, podamos acoger y hacer crecer en nosotros la verdadera sabiduría del corazón.
Acompaño esta súplica por todos vosotros con la Bendición Apostólica.

Vaticano, 3 de diciembre de 2014, Memorial de San Francisco Javier

Francisco